Expedicion allende el Rin y á la Bretaña (55-54): levantamientos parciales en las Galias (54-53).

Empero durante el invierno 450,000 usipienses y tencteros, rechazados por los suevos, pasaron el Rin, y no obstante las nieves, César volvió con toda prisa y atravesó los Alpes. Los germanos, engañados por una tregua, fueron sorprendidos, y casi toda la horda pereció acorralada en la lengua de tierra que envuelven en su confluencia el Rin y el Mosa. Tanto esta invasion como los socorros que el año anterior recibieron de Bretaña los armoricanos, dieron á conocer á César que debia aislar la Galia de la Bretaña si queria disfrutar en paz de su conquista. Pasó, pues, el Rin, amedrentó á las tribus circunvecinas y fué á dar otro golpe en la Bretaña. Su desembarco ofreció dificultades, y tuvieron que combatir en medio de las olas. A mayor abundamiento era entonces la época del plenilunio y cerca del equinoccio : la marea, favorecida por un viento recio, dispersó una escuadra que traia caballos á César y despedazó sus buques de carga, desastre que reanimó á los insulares, los cuales atacaron á una legion y luego al campamento ; pero los romanos consiguieron dispersarles, y otra vez se desalentaron. César aprovechó la ocasion para hablar en voz alta, y despues de exigir rehenes se volvió á toda prisa al continente. « Desaparecieron, dice un antiguo cronista, como desaparece á orillas del mar la nieve que deshace el viento del mediodía. »

Aquella retirada se asemejaba demasiado á una fuga para que César, cuyo mando acababan de prolongar por cinco años mas, no se apresurase á repetir la expedicion. El ejército saltó á tierra en los mismos lugares y destrozó á los bárbaros en la primera embestida; pero sobrevino una tormenta que destruyó una parte de los bajeles, y cuando César pudo poner su flota á seco en su campamento, corrió de nuevo al enemigo, forzó el paso del Támesis, no obstante Cassivellaun, y obligó á la ciudad á entrar en negociaciones. Los bretones dieron rehenes, prometieron un

tributo anual, y el procónsul, que no queria otra cosa, regresó al continente.

En la primera campaña César rechazó á los helvecios hasta sus montes y á los suevos hasta la otra parte del Rin, esto es, sojuzgó el este de la Galia; en la segunda conquistó el norte, en la tercera el oeste; en la cuarta demostró á los galos, mediante sus expediciones á Bretaña y Germania, que nada tenian que esperar de sus vecinos, y por último, en la quinta acababa de repetir la leccion paseando de nuevo por Bretaña sus águilas victoriosas. Considerábase, pues, concluida la guerra de la Galia, siendo así que aun no habia comenzado. Hasta entonces habian combatido separadamente varios pueblos; pero no tardaron en levantarse todos á la vez, contra lo que esperaba César, pues para tenerlos sujetos habia llamado en su auxilio á aquellos generales romanos tan entendidos en afianzar las dominaciones. Así fué que por do quiera fomentó la elevacion de algunos ambiciosos, que vendian la independencia de las ciudades, ó formó un partido romano que, sobreponiéndose al senado y á la asamblea pública, entorpecia su union y contrarestaba sus consejos, así como tambien se apoderó de otro medio de influjo en aquellos estados anuales de la Galia, que celebraban diputados de todas las poblaciones. Reinaba, pues, al parecer una paz profunda, y aquella calma engañosa, no menos que la fingida resignacion de los jefes galos en los estados que reunió en Samarobriva, pais de los ambienses, le inspiraron tal seguridad que, habiendo sobrevenido una escasez de víveres, dispersó sus ocho legiones en un espacio de mas de cien leguas.

Y, sin embargo, existia una vasta conjuracion, dirigida por un jefe eburon llamado Ambiorix y por el treviro Indutiomaro. El plan era tomar las armas en cuanto César hubiese marchado á Italia, llamar á los germanos y asaltar á las legiones en sus cuarteles, cortando entre ellas rigorosamente todas las comunicaciones. Se guardó bien el secreto; pero un movimiento prematuro de los carnutos detuvo á César en la Galia, y Ambiorix, que le creia ya allende los Alpes, se levantó tambien, comenzando por de-

gollar á toda una legion y por atacar el campamento de Q. Ciceron. Entretanto Indutiomaro sublevaba á los treviros y amenazaba á Labieno. El movimiento se hizo general al norte y al este del Loira, y solo eran ya traidores á la causa nacional los remis y los eduos.

César nada sabia no obstante su vigilancia. Hacia doce dias que habia perecido una legion y ocho que estaba sitiado el campamento de Q. Ciceron, y ningun mensajero habia podido llegar al cuartel general de Samarobriva. Por fin pasó un esclavo galo y notició al procónsul el apuro en que se hallaba su teniente : César no tenia á la mano mas de 7,000 hombres, y los sitiadores contaban 60,000; pero sin embargo atacó con éxito y dejó libre el campamento de Ciceron, en donde apenas se contaba un soldado de diez que estuviese sin heridas.

Un instante no mas contuvo aquel triunfo á la rebelion, pues no tardó Indutiomaro en hacer que volviesen á tomar las armas los treviros y atacó el campamento de Labieno, quien se dejó insultar algunos dias, y al cabo, una vez que Indutiomaro se retiraba con los suyos, mandó abrir las puertas, destacó su caballería, mató al treviro, y su muerte dispersó su ejército. El procónsul congregó una asamblea general en Samarobriva, y como no quisieran asistir á ella los senones, los carnutos y los treviros, César invadió sus tierras, salvándose los senones por la intervencion de los eduos, y los carnutos por la de los remis. El procónsul queria vengarse sobre Ambiorix y los eburones, y les cercó para que su ruina fuese completa. Sus vecinos del norte, que eran los menapienses, fueron destrozados en sus lagunas, en tanto que Labieno desbarataba á los treviros por el sur. Seguidamente César volvió al este para cerrar la Germania al pueblo que queria proscribir, arrojó un puente sobre el Rin, prohibió á las tribus que habitaban en la otra orilla toda relacion con la Galia, y seguro entonces de que los eburones no podian escaparse, marchó sobre ellos y les entregó al exterminio. Persiguió á Ambiorix de guarida en guarida, como á una fiera, y sin embargo, el intrépido jefe consiguió escaparse. César reunió la asamblea

general en el pais de los remis, y mandó dar muerte al senonés Accon con los autores del levantamiento de los carnutos.

Rebelion general: sitio de Alesia (52).

Los castigos aumentaron el odio á los romanos, y se preparó otro levantamiento en el invierno que César pasó en Italia. Queriendo que el compromiso fuese inevitable, llevaron las banderas militares á un lugar recóndito, y sobre ellas juraron los diputados de todos los pueblos de la liga que tomarian las armas en cuanto se diese el grito, el cual salió del pais de los carnutos. A esta señal fueron pasados á cuchillo cuantos romanos vivian en *Genabum* (Orleans), populosa ciudad de comercio á orillas del Loira, y el mismo dia se trasmitió la noticia, por hombres apostados en el camino, hasta Gergovia, á 150 millas de distancia. Existia en Gergovia por aquel tiempo un jóven y noble arverno llamado Vercingetorix, cuyo padre se dió á conocer por una tentativa para apoderarse del trono; y en cuanto supo el degüello de Genabum levantó su pueblo, tomó el mando militar, y procediendo con la actividad propia del caso, dispuso la reunion de un consejo supremo de las ciudades confederadas. Todos los pueblos, desde el Garona hasta el Sena, respondieron á su voz y le nombraron su jefe, de cuyo modo los arvernos y el centro de la Galia, que hasta entonces habian permanecido extraños á la lucha, iban á tomar en ella el primer papel.

Vercingetorix apresuraba los preparativos y daba á la liga una organizacion de que habian carecido antes todas las tentativas de los galos. Tambien su sistema de ataque fué muy hábil : su teniente Lucterio bajó al sur para invadir la Provincia, en tanto que él marchaba al norte contra las legiones; pero se detuvo en el camino para levantar á los biturigos, clientes de los eduos, y este retraso dió tiempo á César para llegar de Italia. En breves dias organizó su defensa de la Provincia, expulsó al enemigo, pasó las montañas de las Cevenas, aunque tenian seis pies de nieve, y llevó la desolacion al territorio arverno, despues

de lo cual se volvió por los montes, siguió á marchas forzadas las márgenes del Ródano y del Saona, cruzó sin que le conocieran todo el pais de los eduos y llegó en medio de sus legiones. El procónsul, con su osadía y prodigiosa actividad, desbarató en algunos dias el doble proyecto del general galo.

Principiaron sus ataques por Genabum : cuantos moradores habia en la ciudad fueron degollados ó vendidos, y luego César pasó el Loira por el puente de Genabum y tomó la primera ciudad de los biturigos, *Noviodunum* (Nouan ó Neuvy del Barangeon). Vercingetorix, que corrió en su auxilio, presenció su caida, y entonces conoció que se necesitaba hacer otra clase de guerra contra aquel adversario. Los biturigos quemaron en un solo dia 20 de sus ciudades, y los demás pueblos imitaron su heróica resolucion. Querian acosar por hambre al enemigo, pero no acabaron su empresa, pues dejaron de incendiar la capital Avaricum : César corrió á ella, y en 25 dias construyeron torres de ataque y un terrado de 330 piés de largo sobre 80 de altura. Refiere César que en una tentativa de los sitiados para destruir estas obras cayó muerto un galo colocado delante de una puerta, que lanzaba sobre una torre ardiendo bolas de sebo y de pez para activar el incendio ; otro tomó su puesto y cayó tambien, luego apareció otro y luego otro, y, finalmente, en tanto que duró la accion, aquel punto mortal, que servia de blanco á los dardos enemigos, no estuvo desocupado un solo instante. Sin embargo, tomaron la plaza, y de los 40,000 soldados ó habitantes que contenia, apenas quedaron con vida 800.

César encontró en Avaricum provisiones para lo restante del invierno, y venida la primavera destacó á Labieno con cuatro legiones contra los senones y los parisios, en tanto que él marchaba con las demás tropas contra los arvernos. Su primer ataque se malogró porque Vercingetorix cubria la plaza, y sin la décima legion habria perecido el ejército. Cuarenta centuriones quedaron en el campo. César se decidió á reunirse con Labieno, y creyendo los eduos que no se levantaria de aquel golpe, degollaron en sus

ciudades á sus reclutas y á los traficantes italianos. El ejército se halló entonces en tal peligro, que muchos aconsejaron al procónsul que se volviera á la Provincia ; pero si salia vencido en la Galia le esperaba la proscripcion en Roma, y así fué que, oponiéndose á todo proyecto de retirada, penetró osadamente por el norte, dejando 100,000 galos entre sus soldados y la Narbonense.

La liga del Norte tenia por caudillo al aulerco Camulogeno, guerrero entendido y activo, que instaló su cuartel general en Lutecia, ciudad encerrada entonces en una isla del Sena y defendida al sur por los pantanos del Bievre. Labieno no pudo acercarse á la plaza por esta parte, y retrocediendo hasta *Melodunum* (Melun), se apoderó de todas las embarcaciones que encontró en el rio, tomó la aldea y pasó á la otra orilla para atacar á Lutecia por el norte. Camulogeno se amedrentó en aquella posicion, quemó las poblaciones y los puentes y se retiró á las alturas de la orilla izquierda, pues sabia que se armaban los belovacos á espaldas de Labieno, y queria obligar á este general á que sostuviera la batalla delante de un gran rio y envuelto por dos ejércitos ; pero el romano burló su vigilancia y pasó el Sena por un punto en que Camulogeno no le podia oponer mas que la tercera parte de sus soldados. Entonces se empeñó una reñida accion, en la que pereció Camulogeno con todos sus guerreros, y como Labieno no ganaba otra cosa que su retirada, se apresuró á marchar al territorio senonés, en donde estaba ya César.

Una nueva asamblea de todos los diputados de la Galia confirmó á Vercingetorix el mando supremo. Sin embargo, los lingones, los remis y los treviros no parecieron en la reunion, y por medio de ellos César, que carecia de caballería, asalarió algunas bandas de germanos, que montó en los caballos de sus tribunos y de sus caballeros. No lejos del Saona se encontró con Vercingetorix. Habian jurado los jinetes galos que no volverian á ver á sus mujeres ni á sus hijos si cuando menos dos veces no atravesaban las líneas enemigas. Grandes peligros corrió César, y allí perdió su espada ; pero los legionarios recibieron con bizarría tan

terrible carga, y persiguieron á su vez al enemigo, que se fugó en desórden hasta Alesia.

Sentada en la planicie de una escarpada colina, Alesia era una de las plazas mas fuertes de la Galia. Delante de sus muros y sobre los flancos de la colina trazó Vercingetorix un campamento para su ejército, que contaba unos 80,000 infantes y 10,000 caballos. César concibió el atrevido plan de terminar la guerra de un solo golpe, sitiando á la vez á la ciudad y al ejército, y para ello emprendió obras de fortificacion extraordinarias. Primeramente abrió un foso de 20 piés de ancho sobre 11,000 piés de largo; detrás de este otro de 15 piés de profundidad, y luego otro, por el cual hizo pasar un rio. El último se encontraba á la orilla de un terrado de 12 piés de alto, con almenas, empalizadas y torres construidas á 80 piés de distancia una de otra. Delante de los fosos levantó cinco hileras de caballos de frisa y ocho líneas de estacas clavadas en el suelo, y cuya punta, que sobresalia, quedaba disimulada con ramajes; y mas cerca aun del campo enemigo abrió pozos de lobo, en cuyo centro habia hincada una estaca aguda. Todas estas obras se repitieron por la parte del campo, en donde tenia la contravalacion un circuito de 16 millas. Menos de 60,000 hombres dieron cima á esta tarea en cinco semanas.

Vercingetorix despidió su caballería y 60,000 guerreros escogidos se reunieron en todos los puntos de la Galia para libertar á sus hermanos; pero vinieron á estrellarse en la inexpugnable muralla de las legiones. César sostuvo varios asaltos inútiles y luego tomó la ofensiva, rechazó á los galos, desbarató su retaguardia y sembró en sus filas un terror pánico, que dió fin á la guerra: ahora la Galia estaba vencida positivamente y para siempre.

La guarnicion de Alesia no tuvo mas remedio que aceptar las condiciones del vencedor, y Vercingetorix quiso entregarse, prometiéndose que así ablandaria al procónsul en favor de sus hermanos. Con efecto, montado en su caballo de batalla y cubierto con su mejor armadura, salió solo de la ciudad, llegó al galope hasta el tribunal de César, y apeándose, arrojó á los piés del romano, impasible y orgulloso, su venablo, su casco y su espada. Los lictores se le llevaron, y César le hizo esperar seis años su triunfo y la muerte.

Ultimos movimientos (51): medidas tomadas para pacificar la Galia (50).

Sin embargo, César no se decidió á atravesar los Alpes para pasar el invierno, porque queria vigilar á los galos del norte y del oeste, que apenas habian figurado en la última lucha y que se armaban con sigilo. En lo mas crudo del invierno cayó sobre los biturigos, y á fuego y á sangre obligó á la poblacion á que se refugiara en las naciones circunvecinas. Tambien fueron castigados con dureza los carnutos, y luego César cayó sobre los belovacos, que se habian levantado en masa, destrozó su mejor infantería al paso de un rio, y tuvieron que implorar su clemencia: ellos y todas las ciudades del nordeste debieron entregar rehenes. El procónsul recorrió la Bélgica, rechazó de nuevo á Ambiorix allende el Rin, y seguidamente volvió á pedir rehenes á las ciudades armoricanas y á sofocar la insurreccion que crecia entre el Loira y el Garona. Por último, la guerra se redujo al pais de los cadurcos, y cansado César de aquella lucha tan dilatada, hizo un terrible ejemplo con los moradores de la ciudad de Uxellodunum, cortándoles las manos á todos.

Tan odiosa ejecucion fué el final de la terrible guerra que coronaba gloriosamente las conquistas de la república romana, guerra que duró ocho años, que puso en juego á diez legiones con los inagotables recursos de la disciplina romana, y en la cual desplegó César todo su genio militar y su actividad incomparable. Sojuzgada ya la Galia por medio de las armas, César pasó un año mas (50) ganando su confianza, haciéndola olvidar su derrota. No hubo confiscaciones, ni impuso tributos onerosos, ni dictó ninguna de aquellas medidas violentas y vejatorias que dictaron otros procónsules. Si la Galia Cabelluda quedó reducida á provincia, las ciudades conservaron sus leyes y gobierno, y la única señal de la conquista fué un tributo de 40 millones

de sextercios. Por no desmentir las tradiciones de la política romana concedió la exencion á varias ciudades, en tanto que otras tomaron su nombre y entraron en su clientela, de cuyo modo interesó á la Provincia en sus miras personales y convirtió á sus enemigos en instrumentos para la opresion de su patria.

¿No perdió mucho la Galia con aquella guerra en que César ganó tanto? Efectivamente, la Galia contenia en sí

Arco de triunfo en Orange [1].

muchos gérmenes de una civilizacion original y viva, gérmenes que Roma sofocó á sus piés, y no puede afirmarse que entregados á su libre desenvolvimiento no se habrian robustecido, ni tampoco que los frutos de la cultura introducida por el extranjero han sido mejores que aquellos que

1. El arco de triunfo de Orange, que es el mas notable de los que dejaron los romanos en la Galia, se atribuye á Mario y mas verosimilmente á César: tiene de alto 19m 26, con 24m 35 de ancho. Los arcos mas conocidos son los siguientes: en Roma, los de Constantino, construido en parte con los restos del arco de Trajano; de Septimio Severo y de Tito cuyos bajos relieves representan los despojos del templo de Jerusalen; los de Benevento y Ancona, dedicados á Trajano; de Rímini y de Suza á Augusto, de Mérida, de Alcántara, de Carpentras, de Aix, de Arles, de Autun, de Cavaillon, de Saint-Chamas y de Reims, ó puerta de Marte.

habria sazonado el sol de la independencia. Los galos eran un pueblo nuevo, no un pueblo gastado.

Interior de Roma durante el proconsulado de César: Clodio y Milon.

¿Qué era de la república en tanto que César añadia á sus ya conocidos medios de influencia el mas peligroso de todos para la libertad, el prestigio de la gloria? Hemos dejado á Clodio dueño del foro, segun confesaban los triunviros; pero aquel personaje tenia sobrada ambicion para servir mucho tiempo de instrumento á agenas ambiciones. Lo primero que hizo fué satisfacer una venganza: á la cabeza de una porcion de hombres armados destruyó la casa de Ciceron en el Palatino y consagró el solar á la diosa de la Libertad. Clodio atropelló al tribunal que debia juzgar á Vatinio, principal agente de César durante su consulado. Pompeyo habia confiado á uno de sus amigos la custodia de su prisionero el jóven Tigranes, y este príncipe sobornó con dinero al tribuno, que preparó su evasion y atacó y dió muerte á los que le persiguieron en su fuga. Era una ofensa directa al triunviro, precursora de otras muchas. Pompeyo, que se veia juguete de burlas y sarcasmos, llegó á desear el regreso del desterrado, en lo cual se empeñaron algunos tribunos, secundados por todo el senado y el cónsul Gabino; pero Clodio acudió con su gente, el cónsul salió herido y se disolvió la asamblea. Su triunfo le deslumbró hasta el punto de atreverse con el otro triunviro, y entonces pidió al senado que anulara las leyes julianas, porque se habian dado contra los auspicios. Mucha osadía era querer luchar á la vez contra César y Pompeyo: desde aquel dia César dejó de oponerse á la vuelta de Ciceron, y

todos los magistrados del año siguiente fueron adversarios de Clodio, excepto su hermano el pretor Appio.

El 1º de enero de 57 pidieron los nuevos cónsules que se llamase á Ciceron, y con este motivo dió el senado el decreto mas honroso; pero Clodio, aunque era un simple particular, lo entorpecia todo con su gente: Ciceron aconsejó que le batieran con sus mismas armas, y un tribuno llamado Milon se formó, como Clodio, un regimiento de soldados y gladiadores, de cuya manera nada se hizo ya en Roma sin contar con la una ó la otra de aquellas cuadrillas de bandidos armados, que muchas veces vinieron á las manos y ensangrentaron el foro. En una de aquellas peleas, que ni las leyes ni los magistrados podian impedir, quedó por muerto Quinto, hijo de Ciceron, y estuvo á punto de perecer un tribuno; y á fin de que la odiosidad del atentado recayese sobre sus adversarios, los amigos de Clodio se propusieron degollar á un tribuno partidario suyo, reservándose acusar á Milon de aquel crímen. Sin embargo, al fin este venció, se aceptó la ley el 4 de agosto, y al cabo de 17 meses de ausencia volvió á entrar Ciceron en Roma, en los brazos, segun él dice, de toda la Italia.

Pocos dias despues de su regreso hubo un motin á consecuencia de una carestía momentánea, y Ciceron se apresuró á pagar á Pompeyo su deuda de gratitud pidiendo al senado que le encargase por cinco años la administracion de los víveres, con la vigilancia de los puertos y mercados de todo el imperio, en tanto que solicitaba para sí ante los pontífices la nulidad de la consagracion que habia hecho Clodio del solar de su casa. El colegio se declaró en su favor, y entonces el senado ordenó la reconstruccion de su casa y demás propiedades, señalándole una cantidad por daños y perjuicios; pero Clodio dispersó á los trabajadores y estuvo á punto de dar muerte á Ciceron. Otra vez quiso incendiar la casa de Milon y la de Quinto, y acusado de violencias por Milon, continuó sus excesos mientras aspiraba á la edilidad, que consiguió. Luego acusó á Milon, y aunque le defendió Pompeyo, Clodio amotinó á la muchedumbre contra el tribunal y se burló cruelmente del grave

personaje. Otra cuestion mortificó á Pompeyo. Viendo que cada dia era menos popular, quiso emprender alguna brillante expedicion que le sacara de la ingrata y peligrosa situacion en que paulatinamente le habia colocado César. Deseaba, pues, que le confiaran el restablecimiento de Tolomeo Auletes, derrocado por los alejandrinos, y dieron esta mision al gobernador de la Cilicia. Clodio continuaba al mismo tiempo la guerra contra Ciceron, quien, sostenido por Milon, rompió en el Capitolio las actas de su tribunado. Tambien, pues, el antiguo cónsul recurria á la violencia y merecia las severas reprimendas de Caton, que volvia de Chipre con 7,000 talentos para el tesoro.

Conferencias de Luca (56): expedicion de Craso contra los partos (54).

Mientras la capital del mundo romano era teatro de tan bajas intrigas, César proseguia su gloriosa carrera, y aunque parecia solo ocupado contra los belgas, los suevos ó los bretones, sin que pudiera recelarlo nadie, se hallaba tambien en la ciudad y en medio del pueblo. Oro, plata, despojos conquistados, todo iba á Roma y se repartia entre los ediles, los pretores, los cónsules y sus mujeres. Así era que acudia gente en número extraordinario á sus cuarteles de invierno, que establecia siempre en la frontera de su provincia. En 56 estuvo en Luca, y fué tal la afluencia de altos personajes, que diariamente se veian 120 fasces á su puerta. Craso y Pompeyo fueron tambien á verle. Renovóse el triunvirato; y como César necesitase que alguien hiciese por él durante algun tiempo mas la policía en Roma, accedió muy gustoso á que se encargase de esta mision Pompeyo.

Muy luego se notaron los resultados de la conferencia. Los triunviros aspiraron al consulado en cuanto estuvieron de vuelta, y todos los demás candidatos se retiraron, excepto Domicio; pero el dia de la votacion dieron muerte al esclavo que le precedia así que entró en la plaza, y él tuvo que huir con Caton herido. Salieron nombrados Pompeyo y Craso, que dieron los demás cargos públicos á hechuras